

Pasquino, Gianfranco. Leyendo "El príncipe". En publicación: Fortuna y Virtud en al República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo. Tomás Várnagy CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. 2000. ISBN: 950-9231-54-1

Disponible en la web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/maquiavelo/pasquino.pdf>

Fuente: Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

Leyendo 'El príncipe'

◀ **Gianfranco Pasquino**
(Traducción de Mariano Aguas)

La primera noticia cierta que tenemos sobre la composición de un opúsculo titulado *De principatibus* la recibimos del mismo Maquiavelo. La misma es comunicada al amigo e interlocutor epistolar Francesco Vettori, en aquel momento embajador de los Medici ante la Santa Sede, con el cual mantiene una nutrida y afectuosa correspondencia. En la carta, escrita el 10 de diciembre de 1513, Maquiavelo sintetiza el contenido de su opúsculo con estas palabras: en el *De principatibus* "... me sumerjo (adentro) cuanto puedo en las posibles *co-gitazioni* de este sujeto, discutiendo qué cosa es el principado, de qué especie son, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden...". El texto ha llegado, agrega Maquiavelo, a los últimos retoques "... a pesar de que siempre lo engroso y podo [refino]...".

Sólo unos pocos meses antes, en abril de aquel año, ciertamente preso de una de las depresiones que la política inevitablemente causa a quien la practica con pasión y sentido cívico y a quien reflexiona sobre ella con lucidez y empeño intelectual, Maquiavelo había escrito una carta anticipatoria al mismo Vettori: "... Y si bien yo esté obligado a no pensar más ni a razonar sobre cosas de estado, como lo prueba mi retiro y el haber huido de toda conversación (...) por cierto, para responder a vuestras preguntas, estoy forzado a romper cada voto de silencio...". Un año y medio después, el 3 de agosto de 1514, afortunadamente con *El Príncipe* ya terminado, cuando escribe a Vettori sobre su enamoramiento, anuncia su rechazo definitivo a la política con estas palabras: "... He dejado los pensamientos sobre las cosas grandes y graves; no me deleita más leer las cosas an-

tiguas ni razonar las modernas (...) yo jamás he hallado en ellas [en las tareas de estado] sino daño, y en éstas [del corazón] siempre bien y placer...”.

Después de 14 años, de 1498 a 1512, pasados muy activa e intensamente, con gran satisfacción personal, al servicio de la República Fiorentina como secretario de la cancillería y luego también como secretario de los *Dieci di Libertà e Balìa*, organismo ejecutivo para los asuntos exteriores y militares (poco menos y poco más que un ministro de relaciones exteriores), Maquiavelo no sólo ha perdido el puesto. Ha sido arrojado en prisión y torturado. Liberado, a los 44 años está desocupado y con una situación económica declinante. Durante el día se atarea, olvida de los disgustos y alguna vez se divierte. Parece vivir, casi anticipadamente, la vida de los hombres (y presumiblemente de las mujeres) liberados/as de la opresión de clase en la idílica visión que dará Karl Marx tres siglos más tarde.

En esa famosa carta cuenta que por la mañana va dos horas a un bosque con los leñadores; luego a una fuente; luego a una pajarera de su propiedad donde se da a la lectura, Dante o Petrarca, o bien “... poetas menores, como Tibulo, Ovidio y similares: leo aquellas amorosas pasiones tuyas y aquellos amores tuyos, recuérdome los míos, gozo un poco en este pensamiento...”. Luego va a la taberna, donde “... hablo con aquellos que pasan, pregunto sobre las nuevas de sus países, comprendo varias cosas y noto varios gustos y diversas fantasías de los hombres...”. Llegada la hora de comer lo pasa con su brigada.

Retorna luego a la taberna y se encanalla, como escribe él mismo, con el tabernero, con un carnicero, con un molinero, con dos panaderos: “... así revuelto entre estos piojosos saco el cerebro de mohó y desahogo la malignidad de esta suerte mía, estando contento que me pisotee de este modo, para ver si la misma se avergüenza...”. Y finalmente llega el anochecer. A propósito, es mejor que ceda la palabra directamente a “*maese Niccolò*”:

“Al anochecer retorno a casa y entro en mi escritorio; y en su umbral me desvisto de los ropajes cotidianos, llenos de fango y de lodo, y me visto con ropas reales y curiales; y vestido decentemente entro en las antiguas cortes de los hombres antiguos donde, recibido amablemente por ellos, me nutro de aquel alimento, que sólo es el mío, y para el que yo nací; donde no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles sobre las razones de sus acciones: y ellos por su humanidad me responden; y por cuatro horas de tiempo no siento aburrimiento alguno, olvido toda fatiga, no temo la pobreza, no me asombra la muerte: me transfiero en un todo hacia ellos...”.

Es siempre la carta a Francesco Vettori que concluye con un pedido atrozante y con un deseo urgente que se fundan en dos reivindicaciones formuladas con franqueza y nitidez, pero sin soberbia. La premisa de Maquiavelo tiene dos componentes. Pide poder volver a servir al estado: “... porque yo me malogro y largo tiempo no podré estar así sin que me haga pobre...” . De ahí el deseo que “... es-

tos señores Médici me den alguna tarea, aún si fuese hacer rodar una piedra...”. En cuanto a las reivindicaciones, la primera tiene que ver con la ciencia: “... por esta cosa [o sea el “librito” sobre *El Príncipe*], cuando sea leída, se verá que los quince años que he dedicado al estudio del arte del estado, no los he ni dormido ni jugado...”. La segunda reivindicación concierne a la lealtad política: “... y de mi fidelidad no se debería dudar, porque habiéndola siempre observado, yo no debo ahora aprender a romperla; y quien ha sido fiel y bueno cuarenta y tres años, que son los que tengo, no puede cambiar de naturaleza; y de la fidelidad y bondad mías es testimonio mi pobreza...”.

Nicolás Maquiavelo no recuperó más ningún cargo público y murió a los 58 años. Autor de muchos estudios importantes y de no pocas comedias, para cuyo análisis recomiendo el libro de Ezio Raimondi, *Politica e commedia. Il genio teatrale di Niccolò Machiavelli*, recientemente reeditado por Il Mulino, su fama queda, pese a todo, para la opinión pública definitivamente ligada a *El Príncipe* (aunque, para los estudiosos, también a los *Discursos*).

El ex secretario florentino, ya que éste era el título para él más prestigioso, escribió *El Príncipe* entre julio y diciembre de 1513 (y lo retocó sólo parcialmente después). Son 26 breves capítulos precedidos por una dedicatoria al Magnífico Lorenzo de Médici, un potencial príncipe, un ausplicable benefactor.

La dedicatoria justifica su homenaje con palabras significativas. “... No he encontrado en mi objeto cosa alguna que sea para mí más querida, que el conocimiento de las acciones de los grandes hombres, aprendido a través de una larga experiencia de las cosas modernas y de una continua lección de las antiguas: las cuales habiendo yo con gran diligencia largamente discurrido y examinado, y ahora en un pequeño volumen reducido, envío a Vuestra Magnificencia...” (y también, agrego yo, por suerte, a la beneficencia de tantísimos lectores -que no son todos- que seguirán y comprenderán al Secretario Florentino, naturalmente no es lo mismo con los “antimaquiavélicos” que lo son por esnobismo, ignorancia o disenso).

Con aquella dedicatoria Maquiavelo se proponía caer de algún modo en el favor de Lorenzo porque su vida le parece, y probablemente para un hombre de su naturaleza, de su capacidad, de su activismo, muy lúgubre. De modo que no se contiene en llamar la atención de Lorenzo sobre su estado: “... Y, si vuestra Magnificencia desde el ápice de su altura alguna vez posara sus ojos en estos bajos lugares, conocerá cuanto yo indignamente soporto una gran y continua mala fortuna...”. Aparece aquí una de las palabras claves del análisis que Maquiavelo hará de los príncipes y de los principados. Conviene, todavía, proceder por orden.

Desde la dedicatoria Maquiavelo pone en claro el punto relativo a la adquisición de los conocimientos en materia de política: resulta necesaria, es más, indispensable, una combinación fructífera. Primero se necesita tener “una larga ex-

perencia sobre las cosas modernas”; segundo, se necesita también saberlas interpretar gracias a “una continua lección de las antiguas”. En otro lugar afirmará haber aprendido “por una larga práctica y continua lección de las cosas del mundo”. Maquiavelo es, por otro lado, perfectamente conciente que leer no basta. Se necesita leer “con diligencia”, o sea, con cuidado; “sensatamente”, con inteligencia; y se necesita saber reflexionar: “discurrir/inventar”.

En su intensa actividad pública, Maquiavelo jamás ha dejado de estudiar. Si aquella que los sociólogos llaman “observación participante” le ha sido de enorme ayuda para la reflexión política, no habría sido nunca suficiente en ausencia de los vigorosos cimientos adquiridos en la lectura, en el frecuentar “antiguas cortes de los antiguos hombres”, en el haber “capitalizado”, o sea atesorado, su conversación y, naturalmente, sin la agudeza y la potencia de su juicio. Este segundo conjunto de factores da vida, o mejor, configura aquello que es justo definir como análisis histórico-comparado de los sucesos.

El método de Maquiavelo consiste en comprobar la regla general que, tomada de la lección de las cosas, “nunca o raramente falla”, de frente a la inestabilidad y a la inseguridad del mundo, del riesgo. Ciencia es: “observación y control” (y, si es oportuno, revisión de las reglas y explicaciones, aún idiosincráticas, con referencia a casos, situaciones, condiciones específicas, de las excepciones) y control no se puede tener, evidentemente, sin comparación. Esta comprobación de reglas generales y el relativo control se logran de mejor forma, sostiene instrumentalmente Maquiavelo en la dedicatoria mencionada, si se asume una precisa perspectiva: “... porque así como aquellos que dibujan los poblados se ubican bajo en la llanura para considerar la naturaleza de los montes y de los lugares altos, y para considerar aquella de los lugares bajos se ubican en lo alto sobre los montes, en forma similar para conocer bien la naturaleza de los pueblos es necesario ser príncipe, y para conocer bien aquella de los príncipes se necesita ser del pueblo (popular)...”. En fin, se necesita saber estar “distanciado” de los sucesos que se analizan y se evalúan, se necesita saber tomar una distancia crítica del objeto del propio estudio.

Toda esa conciencia metodológica y las relativas enseñanzas no sirvieron a Maquiavelo para construir una técnica de gobierno y para fundar una ciencia de la política aséptica, pura, aeróbica. Sirven sí para dar instrumentos eficaces, útiles, incisivos al Príncipe. Por lo tanto, si ciencia de la política ha de ser, Maquiavelo no intenta en absoluto esconderse detrás de cualquier neutralidad e imparcialidad. No hace uso de medidas trucadas y no da razones, ya sea para unos como para otros, de su provecho personal y profesional. Una vez más, y para siempre: “la larga experiencia de las cosas modernas y la continua lección de las antiguas”, que deben ser naturalmente ambas renovadas continuamente, colman la distancia entre la ciencia política “pura” y la ciencia política “aplicada”. Más aún, es dudoso que la primera pueda de verdad existir, dado su objeto, si no quiere y

no puede transformarse, en caso necesario, en aplicación; si no es construida de manera tal de ir al encuentro de la prueba de los hechos, de la verificación de la historia, de la proyección ambiciosa. Este es un punto a tomar en cuenta: es, en efecto, el punto de fuerza de la ciencia política respecto, por ejemplo, cuando se habla de Estados, de ordenamientos, de repúblicas, de la filosofía política.

Las fuentes escritas de Maquiavelo son los clásicos del pensamiento político griego y romano, las historias de vidas famosas, con profundizaciones psicológicas. Su análisis de la política, en efecto, se funda y se nutre de los comportamientos efectivos y de las motivaciones de los mismos. Utilizando un término contemporáneo, podríamos sostener que, en medida no pequeña, el análisis de Maquiavelo es *behaviorista*, es decir, conductista. Si no fuese porque Maquiavelo está también muy atento a la estructura de las situaciones, a aquella que hoy es definida por la ciencia política como la *estructura de las oportunidades*, entendidas como condiciones facilitantes, pero también como vínculos que constriñen la acción política, los cuales, naturalmente, los actores políticos más avezados saben tener en cuenta. En fin, naturalmente, parte de las cogniciones de Maquiavelo son, por así decirlo, antropológicas y de psicología colectiva, ligadas a una visión de los hombres que no es, según la acusación más frecuente y difusa, inexorablemente negativa, sino sobriamente, hasta amargamente, realista.

A esta altura ¿qué es entonces *El Príncipe*? ¿Es un tratado sobre la tiranía, a favor de la tiranía, y Maquiavelo es, por añadidura, como ha sido escrito recientemente, un profascista? ¿Es un panfleto de un patriota conmovido y frustrado a la búsqueda de un contrato de trabajo y Maquiavelo es un desencantado demasiado dispuesto a colaborar, un potencial asesor de quien siga sus ideas? ¿O más bien es la lúcida obra de un hombre apasionado por la política, obligado por la fortuna a no practicarla más, pero a estudiarla, para nada carente de compromiso civil, como sostiene, entre algunos pocos, en verdad, Gennaro Sasso (1980: p. 346)? Lo cito: "... El principado representa el remedio que, asistidos de extraordinaria virtud, legisladores esclarecidos buscan oponer a la corrupción de las repúblicas..." y el Príncipe muestra el carácter de experimento racional, conducido sobre el mismo cuerpo de aquello que por definición es variable (la fortuna) transformándose, así, "... más que en una teoría del principado, en una teoría de la virtud en su relación con la historia..."

¿Quién llega a ser príncipe? El príncipe de Maquiavelo deviene tal o con el favor del pueblo o con aquel de los grandes. Nótese que "popular" puede significar no sólo ser conocido por el pueblo, sino también apreciado; por lo tanto, sin forzar los términos, implica ser "democrático". Civil es el príncipe que gobierna para el interés del pueblo, y puede ser también que haya adquirido su cargo con métodos no recomendables, como con la violencia, la crueldad, la usurpación. Sin embargo, aún este príncipe puede redimirse beneficiando al pueblo. Un príncipe no legítimo, *ex título*, puede devenir tal *quoad exercitium*, gracias al modo con el cual ejerce su cargo. Aún así, Maquiavelo no tiene dudas:

“... aquel que llega al principado con la ayuda de los grandes se mantiene con más dificultad que aquél que llega con la ayuda del pueblo...” (p. 47). Los grandes traman, y satisfacer a los unos no se puede sin injusticia para los otros. En cambio, “... aquel del pueblo es más honesto fin que aquel de los grandes, queriendo estos oprimir y aquel no ser oprimido...” (p. 47). Por otra parte, Maquiavelo no tiene dudas: “... a un príncipe le es necesario tener al pueblo de amigo: de lo contrario no tiene remedio durante la adversidad...” (p. 48). Para utilizar mi terminología más pobre, Maquiavelo pone en claro relieve cuan útil es al príncipe construirse una mejor estructura de oportunidades haciendo palanca sobre un número elevado de sostenedores que no pueden más que ser el pueblo.

Como fundamento de esta ciencia política aplicada figura uno de los grandes, probablemente, el mayor aporte de Maquiavelo al estudio de la política: la autonomía o, como sostiene Gennaro Sasso, la exclusividad de la política. ¿Qué cosa quiere decir?

Tomo la referencia de Sasso (1980: pp. 427-428). Antes que nada, la política es, para Maquiavelo, “... la realidad primera de la vida humana, el único fin que, usándolo también como medio, el hombre está necesitado a perseguir, con el sacrificio, si es necesario, de su misma alma. La política es, sin duda, en este sentido, realidad autónoma. A ninguna regla ética su regla puede jamás ser subordinada...”. Ya que no entra en ninguna relación de mediación con la ética, la política es, por un lado, *absoluta, superiorem non recognoscens*: no reconoce límites si no aquellos que ella misma pone; por el otro, es total: en palabras de G. Sasso, “... se constituye a través de la añoranza por el mundo perdido de la ética, de la bondad, de la pureza...” (1980: p. 429). Alcanzado un punto de no retorno, la política se destaca como una actividad autónoma, que, como tal es y debe ser, si se la quiere entender y dominar, no más (nunca más) subordinable a cualquier otro interés o enseñanza so pena de graves consecuencias.

Fundada la autonomía absoluta de la política esto no significa que el Príncipe sea igualmente desvinculado en su comportamiento. Es más, es precisamente en este punto que aparecen algunos grandes problemas abiertos y muy debatidos del análisis de Maquiavelo y de las múltiples y erróneas lecturas que han sido hechas. A mi modo de ver, estos problemas son al menos tres:

Primero, la relación entre el bien y el mal en política; el rol de la razón de estado (que quien había probado la violencia sobre su piel debía sentir con mayor agudeza). Maquiavelo no tiene ninguna duda: “... Cuanto sea loable en un príncipe por mantener la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia, cada uno lo entiende: no en vano se ve por la experiencia en nuestros tiempos a aquellos príncipes haber hecho grandes cosas que de la fe han tenido poca cuenta, y que han sabido con astucia cambiar el cerebro de los hombres: y al final han superado aquellos que se fundaron sobre la lealtad...” (p. 84).

Maquiavelo no juzga, sino que expone (y sabe muy bien) que se necesita combinar las leyes con la fuerza (¿qué cosa es el estado de Max Weber si no “el monopolio legítimo del uso de la fuerza?”), saber usar bien la bestia y el hombre. “... Estando entonces un príncipe necesitado de saber usar bien la bestia, debe de aquellas saber tomar lo del zorro y lo del león; porque el león no se defiende de lazos, y el zorro no se defiende de lobos...” (p. 85). “... Y si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno, pero, como son tristes y no lo observarían respecto de ti, tu obligado no estás a observarlo respecto de ellos...” (pp. 86-87). El mal aparece así muy lejos de ser la esencia de la política de Maquiavelo. Es exclusivamente una de las posibles consecuencias del accionar político. Concordando con Sasso, se puede agregar que el mal no constituye la esencia de la política, pero sí uno de sus instrumentos, un instrumento con el cual la política afronta la naturaleza. Para esta eventualidad es necesario prepararse con tiempo ya que Maquiavelo sabe, al contrario, que “... es común defecto de los hombres no tomar en cuenta, en la bonanza, la tempestad...” (p.120).

El contraste existe y se enciende entre la ética, la cual puede imponer para su actuación el sacrificio de la vida; y la vida, la cual puede y debe a la par imponer, para su actuación, el sacrificio de la ética. De ahí la famosísima, pero comunmente mal interpretada afirmación: “... se necesita que tenga un ánimo dispuesto a cambiar según los vientos y lo que las variaciones de la fortuna le ordenen, y (...) no apartarse del bien, *pudiendo* saber entrar en el mal cuando es *necesario*...” (p. 87). El príncipe estará obligado a hacer el mal exclusivamente cuando las circunstancias se lo impongan “... porque un hombre que quiera hacer en todas partes profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son. De donde es necesario a un príncipe, queriéndose mantener, aprender a poder no ser bueno, y usarlo y no usarlo según la necesidad...”.

No se pueden usar todas las *virtudes* “... por las condiciones humanas que no lo permiten...” (p. 76). Aún así, Maquiavelo no tiene dudas: “... no se puede llamar virtud matar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, ser infiel, sin piedad, sin religión...”, y a propósito de los presuntos medios que justifican los presuntos fines, “... cuyos modos pueden conseguir un imperio, pero no la gloria...” (p. 42) y refiriéndose al tirano siciliano Agatocles: “... su feroz crueldad e inhumanidad, con infinitas perversidades, no permiten que esté entre los excelentísimos hombres celebrados...” (p. 43).

Sin embargo, la autoridad y el poder infunden automáticamente algún sano temor y, probablemente, no pueden renunciar a ello a priori. Es más, existe algún tipo de apreciable sacralidad ya sea del poder como de la autoridad que depende también de los comportamientos de sus detentores. “... Debe seguramente el príncipe hacerse temer de modo que, si no conquista el amor, al menos que ahuyente el odio; porque pueden coexistir el ser temido y no odiado; lo que conseguirá siempre que se abstenga de las propiedades y de las mujeres de sus ciudadanos y

de sus súbditos...”, “... porque los hombres olvidan más rápido la pérdida del padre que la pérdida del patrimonio...” (p. 82), de acuerdo a la antropología de Maquiavelo.

En cuanto a las “necesarias” crueldades, Maquiavelo efectúa una decisiva diferenciación entre aquellas bien usadas y aquellas mal usadas: “*Bien usadas* se pueden llamar aquellas –una inserción extraordinariamente reveladora– “(si del mal es lícito hablar bien)”, que se hacen repentinamente, por necesidad y para asegurar, no insistiendo en ellas, con la mayor utilidad para el mayor número de súbditos que se pueda. *Mal usadas* son aquellas que, aunque al principio sean pocas, tienden a crecer con el tiempo perdiendo eficacia...” (p. 45). El príncipe debe igualmente saber dosificar tanto la crueldad como la benevolencia: “... Las injurias se deben hacer todas juntas, de modo que, saboreándose menos, ofendan menos: y los beneficios se deben dar de a poco, de modo que se saboreen mejor...” (p. 46).

Finalmente, a propósito del pueblo y de la utilidad que el príncipe tenga o adquiera una buena relación “... porque los hombres, cuando reciben el bien de aquellos de quienes creían recibir el mal, se obligan más respecto de su benefactor...” (p. 48). Emerge, tal vez, en este consejo un componente paternalista de la dirección de los gobiernos.

Habiendo hablado de la crueldad y del mal, existe un *segundo gran tema controvertido*: “el fin justifica los medios”, el famoso *Maquiavelismo*. “... Haga un príncipe lo necesario para vencer y mantener un estado: los medios siempre serán juzgados honorables, y por cada uno ponderados...” (p. 88) (pero no aquellos de Agatocles, feroz y desalmado). De todas formas algunos medios, especialmente si son practicados dentro de la estructura de oportunidades existente, son preferibles. Algunas veces el príncipe mismo podrá intentar cambiar, redefinir la estructura de oportunidades.

Por otro lado, el problema no consiste solamente en conquistar el poder, sino también en mantenerlo continuamente. ¿Cómo? La respuesta de Maquiavelo no deja lugar a dudas: con el consenso del pueblo. “... La mejor fortaleza que existe, es no ser odiado por el pueblo...” (p. 107).

En consecuencia, “... censuraré (reprocharé) a cualquiera que, fiándose en sus fortalezas (potencias), estime (tema) poco ser odiado por el pueblo...” (p. 108), y el ya citado: “... a un príncipe le es necesario tener al pueblo de amigo: de lo contrario no tiene remedio durante la adversidad...” (p. 48). En esta toma de conciencia se coloca, precisamente, la redefinición de la estructura de oportunidades: “... Un príncipe sabio debe pensar un modo por el cual sus ciudadanos, siempre y en todo tiempo, tengan necesidad del estado y de él: y así le serán siempre fieles...” (p. 51).

El tercer tema de enorme importancia que aparece en *El Príncipe* tiene que ver con las múltiples, controvertidas, a menudo decisivas, relaciones entre la *vir* -

tud y la *fortuna*. Indagar qué cosa son y cómo inciden sobre las acciones humanas y sobre su eficacia, en suma, intentar comprender si somos, y hasta dónde, patrones de nuestro destino significa recoger una parte conspicua de la esencia de la actividad política. La *virtud* es, de todas formas, como Maquiavelo escribirá en *Los Discursos*, de manera fiel a la realidad, el deber de “no abandonarse nunca”. Pero, ¿qué es aquello de la *fortuna*? ¿Un artificio retórico y conceptual para explicar aquello que, de otra forma, no se podría entender?, ¿o el recurso legítimo a un factor que puede ser él mismo explicado, una condición del sucederse de los eventos humanos, obviamnete nunca todos previsibles, nunca completamente previsibles? Seguramente, la virtud es un factor laico, secular que nada tiene que ver con la predestinación ni con la superstición. No es la naturaleza que, en el peor de los casos, es el punto de partida estable, mientras la fortuna es el elemento variable y que se manifiesta en movimiento. No es la necesidad, no es el azar, no es la suerte, no es la envidia, no es la ambición, no es la ingratitud, no es el hecho, no es el destino, no es el cielo, menos que menos la providencia (o la improvidencia) y tampoco la divinidad. “... La fortuna representa la condición pasiva del suceso político en las conquistas o en la administración interna. La virtud es su contraparte activa...” (como escribió Leonardo Olschki).

La fortuna es la conclusión a que he llegado en forma personal, es el modo con el cual, sea por error o por racionalidad limitada, con la apertura incompleta y el cierre prematuro de las puertas y de las ventanas de oportunidades, los hombres y las mujeres se construyen sus trayectorias terrenas, sus historias de vida. Maquiavelo sabe que muchos opinan que “... las cosas del mundo son gobernadas por la fortuna y por Dios, de forma tal que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas, es más no tienen remedio alguno; y, por esto, podrían juzgar que no tendría demasiado caso fatigar con ellas, sino dejarse gobernar por la suerte...” (p. 120). No, ningún fatalismo, afirma Maquiavelo, aún si un poco de desaliento frente al tamaño de la tarea resulta legítimo, tolerable, justificable. Es más, “... para que nuestro libre albedrío no sea apagado (anulado), juzgo verdadero que la fortuna sea el árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que ésta nos deje gobernar la otra mitad, o casi, a nosotros...” (p. 121). De todas maneras, la fortuna “... demuestra su potencia donde no hay una virtud que le resista, y es ahí donde vuelven sus ímpetus, donde sabe que no fueron hechos los diques ni los reparos para contenerla...” (p. 122). Solamente “... quien fuese tan sabio que conociera los tiempos y el orden de las cosas, y se acomodase a ellos, tendría siempre buena fortuna...” (p. 122) y “... si se mutase de naturaleza con el tiempo y con las cosas, no se cambiaría fortuna...” (p. 123). De frente a estos riesgos inevitables y desconcertos, ¿qué hacer? ¿Qué enseñanza darle al príncipe y al hombre del pueblo?

“... Yo bien creo esto, que es mejor ser impetuoso que respetuoso, porque la fortuna es mujer; y es necesario, queriéndola someter, batirla y empujarla (golpearla). Y se ve que ésta se deja vencer más por estos (los impetuosos) que por aquellos que proceden fríamente. Pero, como siempre, en tanto mujer es amiga

de los jóvenes, porque son menos respetuosos, más feroces y quienes con más audacia la comandan...” (pp. 124-125). Es una enseñanza durísima y controvertida: “golpear la fortuna”, que quiere decir ya sea pegarle físicamente como derrotarla. Esta osada metáfora de la “fortuna-mujer”, malamente interpretada por algunas estudiosas feministas, debe en cambio ser leída como una invitación a la acción que Maquiavelo dirige a los hombres jóvenes y vitales si, de frente a las dificultades, quieren derrotar a las circunstancias, quieren cambiar la estructura de las oportunidades, quieren construir, mantener y gobernar un principado aún en condiciones adversas. Y las condiciones podrán ser a menudo adversas...

Conclusión. La política es el espectáculo que mujeres y hombres interpretan sobre la escena del mundo para adquirir, con conciencia y empeño variable, el control sobre la propia vida y, a menudo, sobre la vida de los otros. Frecuentemente, la política es un espectáculo desagradable, violento, negativo, sin progreso. Son muchas las sociedades en las cuales la política ofrece un feo espectáculo, pero son muchas también las sociedades que no merecen, por su egoísmo y por su abstencionismo nada mejor. De todas formas, cuando la política se limita a reflejar la sociedad, ya ha perdido su esmalte, su atractivo, su tarea histórica. De buena, pero muy frecuentemente de mala gana, a gusto o a disgusto, la política con la que nos toca vivir en este fin de milenio aparece inadecuada un poco por todos lados. Pero era también inadecuada, por debajo de las expectativas, de las potencialidades y de los desafíos la política con la cual Maquiavelo tuvo que convivir.

Resulta fuerte la tentación de actualizar su pensamiento, de explotarlo para la comprensión de la política contemporánea y para su orientación. Me resisto a actualizar y ni siquiera pruebo. Los clásicos son tales porque permiten a cada uno de nosotros leerlos, dentro de ciertos límites, como deseamos. Y de sacar, si queremos, lecciones de método, de estilo, de análisis. *El Príncipe* resalta como un monumento a la lengua italiana, al saber politológico, a la cultura mundial. Maquiavelo no puede ser conquistado para la causa de ninguno. La conclusión de *El Príncipe* con su referencia a los versos de Petrarca

Virtud contra el furor
Tomarás las armas y hará corto el combate:
Que el antiguo valor
En el corazón italiano aún no ha muerto.

y a su fuerte reivindicación de unidad nacional, tan alta y significativa cuando los pueblos del Norte estaban sometidos a los franceses y cuando pronto lo serían a los austríacos, lo convierten en hostil para cualquiera que mantenga pesadillas secesionistas.

La concepción que Maquiavelo tiene de la vida, austera, no condescendiente, hecha de empeño, de responsabilidad, de sanciones, de amarga intransigencia, no tiene ningún punto de contacto con el “buenismo”, que es a menudo una de-

formación hipócrita de los comportamientos incapaces de soportar el conflicto y de confrontarse con las diferencias de opinión. Su ética laica, racional, no trascendente, entretrejida por argumentaciones, lo ha transformado, y aún hoy lo transforma, en invisible o no querido por aquellos que tienen necesidad de anclas de salvación en el principio de autoridad y en las jerarquías, en el pietismo y en los milagros.

Maquiavelo cree en la razón y en el pueblo. Es un pensador iluminado. Ha pagado su sabiduría como persona, aún cuando era perfectamente conciente que de el precio había sido muy elevado. Deja una lección de método y de estilo. Se lo puede (tal vez se lo deba) leer todavía, aún solo por el puro, simple, gratificante placer de la lectura. Grande, tal vez inigualable libro de contenidos: como dimensiones físicas, *El Príncipe* es un librito: por lo tanto, buena lectura; buena fortuna.

Bibliografía

Machiavelli, Niccoló 1995 *Il Principe* (Turin: Einaudi).

Sasso, Gennaro 1980 *Niccolò Machiavelli* (Bologna: Il Mulino).